





100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂ por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido solo entre 3 y 4 litros por kilo de papel.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100 % del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero solo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

OCHO OSOS

EL PASADO MÍTICO Y EL FUTURO INCIERTO DE UNO
DE LOS ANIMALES MÁS FASCINANTES DEL PLANETA

GLORIA DICKIE

TRADUCCIÓN DE SILVIA MORENO PARRADO

e

errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2026

TÍTULO ORIGINAL: *Eight Bears*

Colección Libros salvajes



Canada Council
for the Arts

Conseil des arts
du Canada

La traducción de esta obra ha contado con el apoyo
del Canada Council for the Arts

© Gloria Dickie, 2023

This edition was published by arrangement with The Foreign Office
Agència Literària, S.L. and Aevitas Creative Management LLC

© de la traducción, Silvia Moreno Parrado, 2026

© Errata naturae editores, 2026

C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25

28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 979-13-87597-38-2

DEPÓSITO LEGAL: M- 4516-2026

CÓDIGO IBIC: DN

MAQUETACIÓN: Jorge García Valcárcel

IMÁGENES DE CUBIERTA E INTERIORES: Arjun Parikh

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

ÍNDICE

Prefacio	7
Introducción	17
PRIMERA PARTE. SUDAMÉRICA	39
CAPÍTULO 1. LOS HABITANTES DE LAS NUBES (<i>Oso de anteojos, Ecuador y Perú</i>)	41
SEGUNDA PARTE. ASIA	73
CAPÍTULO 2. BAILANDO CON LA MUERTE (<i>Oso perezoso, India</i>)	75
CAPÍTULO 3. PODER BLANDO (<i>Oso panda, China</i>)	113
CAPÍTULO 4. ORO LÍQUIDO (<i>Oso malayo y oso negro asiático, Vietnam</i>)	149

TERCERA PARTE. NORTEAMÉRICA	187
CAPÍTULO 5. DESDE RUTAS SALVAJES (<i>Oso negro americano, Estados Unidos</i>)	189
CAPÍTULO 6. EL RETORNO DEL GRIZZLY (<i>Oso pardo, Estados Unidos</i>)	223
CAPÍTULO 7. LOS CAMINANTES DEL HIELO (<i>Oso polar, Canadá</i>)	251
Epílogo	289
Agradecimientos	293
Notas	297

PREFACIO

En el verano de 2013, me mudé a un pisito en la segunda planta de un bloque del centro de Boulder, en Colorado, una ciudad universitaria junto a las faldas de las Rocosas. Estaba a punto de empezar un máster en periodismo medioambiental en la universidad, y aquel me pareció el lugar perfecto para esta área de investigación. La urbe, que se extiende ligeramente montaña arriba, se encuentra en el margen problemático de este entorno natural. Desde allí puedes subir andando a uno de los cinco Flatirons (unas formaciones geológicas bastante curiosas que recuerdan a una plancha para la ropa puesta de pie) antes del amanecer y llegar al trabajo a tiempo para el inicio de la jornada laboral. Después me enteré de que esto tiene un nombre en la jerga científica: interfaz urbano-forestal.

La interfaz urbano-forestal (IUF) supone todo tipo de peligros para humanos y animales. Las casas que se construyen en ese espacio presentan un mayor riesgo de arder hasta los cimientos cuando se desatan grandes incendios, a los cuales les siguen la erosión y las inundaciones, que se llevan por delante la tierra calcinada y las orillas de los ríos. En la IUF, los humanos y la fauna

salvaje compiten entre sí por el territorio; apenas un kilómetro y medio separa algunas de las viviendas más extravagantes de los osos negros y los pumas que merodean por los pinares que coronan la ciudad.

Cuando me fui allí a vivir, era habitual cruzarse con los osos. A veces me los encontraba comiendo manzanas en el barrio de North Boulder, que antes había sido un vergel de frutales lleno de recovecos rocosos, y por University Hill, donde cientos de estudiantes vivían en residencias masculinas o femeninas colindantes con los Flatirons. Los desechos a medio fermentar que rodeaban los contenedores de basura atraían a los osos de las montañas.

Había llegado a Boulder desde Canadá, una nación cuyos fundadores se plantearon llamarla Ursalia, «lugar de osos». Solo que yo me crié en la parte suroeste de Ontario, una de las áreas más pobladas del país, donde los humanos habían exterminado a toda criatura mayor que un venado de cola blanca. Estaba rodeada de osos negros (en la zona de cabañas vacacionales del norte de Ontario y al otro lado de la frontera, en Michigan y el estado de Nueva York), pero en mi tierra natal era imposible toparse con uno. Para una niña obsesionada con las criaturas salvajes, fue un golpe duro. Las ardillas eran el culmen de la carismática megafauna que me rodeaba. La única oportunidad que tenía de ver osos era en los viajes que hacíamos para visitar a mis abuelos, que vivían en Calgary (Alberta), no lejos de Banff. Pero, cuando íbamos a las Rocosas, mis padres me llevaban sujeta de una correa (qué humillación...) por miedo a que echara correr sendero adelante y un grizzly me atacara. Era una vida deprimente y monótona.

Boulder prometía ser distinto. Seguía con gran interés las noticias de avistamientos de animales en *The Daily Camera*, el periódico local: el oso que apareció durmiendo en un árbol del campus, el puma que cruzó miradas fulminantes con un gato doméstico o el lince que estuvo deambulando por el oeste de Boulder. Casi

todas las semanas durante aquel otoño hubo algún artículo sobre un oso negro que se paseaba por la ciudad. Colorado Parks and Wildlife, el organismo estatal encargado del control de la fauna salvaje, se los llevaba lejos de Boulder. Muchas veces, incluso hasta el límite con Wyoming. Pero, a los pocos meses, me enteraba de que algún animal al que habían trasladado estaba de vuelta en la ciudad. Vivir tan cerca de estos animales no era ni mucho menos tan emocionante como había pensado. Boulder no era un paraíso para los osos: los agentes de Colorado aplicaban una política de «dos oportunidades»: si pillaban a un oso molesto reincidiendo en lo que llamaban «mala conducta», lo mataban.

Un día de principios de septiembre, un oso negro macho estaba dormitando en los enormes robles que hay cerca del cementerio Columbia de Boulder. No era la primera vez. Una etiqueta verde en la oreja del animal reveló que ya había pasado antes por allí. A las tres de la tarde, se cerraron las puertas de la escuela primaria Flatirons. Nadie podía salir del edificio mientras anduviera por allí. Se llamó a los agentes de control de fauna salvaje. Después de esperar tres horas para ver si el oso regresaba a las montañas por voluntad propia, los agentes lo mataron a tiros. Aquello no les gustó nada a los padres del alumnado. Sus hijos se quedaron desconsolados al conocer la suerte del animal, que estaba dormitando sin molestar a nadie. Tres días más tarde, otro oso negro especialmente grande (de casi doscientos setenta kilos) fue abatido delante del colegio. También era un conocido de los agentes. La autopsia reveló que el estómago del orondo animal contenía dos filetes (aún envueltos), pasta, patatas, huevos, aguacates, servilletas de papel, manzanas, fiambre y zanahorias, todo ello parte del botín de los contenedores cercanos.

Los plenos del ayuntamiento se llenaron de ciudadanos indignados. Era evidente que los osos habían bajado a la ciudad atraídos por una fuente inagotable de comida humana. Presionaron a los concejales para aprobar una ordenanza que obligara a los

habitantes de Boulder a tirar la basura en contenedores especiales, cuyo complejo diseño impide el acceso a los residuos. Aunque en pequeñas poblaciones de montaña, como Banff o las que rodean el lago Tahoe, habían tomado medidas similares, era la primera vez que una ciudad grande aprobaba una ley de ese tipo en Estados Unidos. Que Boulder, una localidad de más de cien mil habitantes, necesitara implantar esa estrategia demostraba que se había producido un cambio profundo en el oeste americano: con el crecimiento de las áreas urbanas, los osos negros hambrientos ya no iban a respetar las fronteras arbitrarias de los seres humanos.

Y así empezó mi odisea úrsida. A mitad del máster, me centré en documentar el conflicto entre osos y humanos en la zona de las Rocosas. Los fríos fines de semana del otoño, junto con varias decenas más de voluntarios, me iba con el grupo Boulder's Community Fruit Rescue, para, pertrechados con pinzas recogefrutas y cestas de mimbre, recorrer los jardines del vecindario de North Boulder y recoger la fruta de los manzanos, a instancias de los propietarios. Nuestra misión consistía en eliminar cualquier fuente de alimento que pudiera tentar a un oso a salir del bosque y acabar delante de una escopeta. También me uní a los Boulder Bearsitters, un grupo heterogéneo de vecinos encargados de vigilar a los osos que encontraban durmiendo en la ciudad, para asegurarse de que por la noche pudieran regresar sanos y salvos a las montañas.

Sin embargo, Boulder no era el único lugar que tenía que hacer frente a una emergencia úrsida. Por todo el oeste de Norteamérica había osos negros que se adentraban en diversas poblaciones y osos *grizzly* que ampliaban su territorio vital. En Aspen (Colorado), acompañé a unos agentes de la ley que patrullaban en busca de basura dispersa. Unos osos demasiado entrometidos habían invadido esa ciudad. «Me dedico en exclusiva a los osos», me dijo el agente Dan Glidden mientras inspeccionaba un contenedor volcado cuya tapa estaba sujeta con una cuerda.

«Osos en la basura, osos en los garajes, osos en los coches y osos en las casas». Un compañero suyo, que estaba en su día libre, había llegado incluso a sufrir el ataque de un oso cuando atravesaba un callejón plagado de desperdicios. De Aspen pasé a Banff, en la provincia canadiense de Alberta, donde la población de *grizzly* estaba recuperándose tras una moratoria en la caza de trofeos, establecida ocho años atrás, y desplazándose rumbo al este, hacia las faldas de las Rocosas. Y seguí esta cordillera en dirección sur, hasta Yellowstone, donde me reuní con granjeros preocupados por el aumento del número de *grizzlies*: su número en el Gran Ecosistema de Yellowstone se había duplicado desde que la Ley sobre Especies en Peligro de Extinción, de 1975, inaugurara la protección de esta especie. Ahora estaban saliendo del parque nacional y atacando rebaños de reses y ovejas.

A consecuencia de esta expansión, estaban surgiendo cada vez más conflictos. Tal como había descubierto en Boulder, la gente no tenía del todo claro cómo coexistir con unos osos que vivían a la vuelta de la esquina. En Nueva Jersey, donde los ejemplares se han multiplicado por treinta en solo cinco décadas, uno de ellos persiguió y mató en 2014 a un excursionista¹, la primera víctima documentada en la historia del estado. En Sierra Madre (California), cerca del Bosque Nacional de Los Ángeles, una joven sufrió el ataque de un oso negro en su jardín mientras dormía la siesta en una hamaca; logró escapar porque lo golpeó en la cara con el ordenador portátil. Mientras tanto, se han intensificado también los ataques en el Oeste Montañoso. En el verano de 2020, un ciclista que circulaba cerca de Big Sky, en Montana, resultó gravemente herido en uno de estos incidentes. Como estaba tan maltrecho que no podía ni hablar, intentó explicar lo que le había ocurrido garabateando la palabra «oso» en la gravilla donde se había desplomado. Cerca del géiser Old Faithful, en Yellowstone, una mujer fue atacada al cruzarse con una osa *grizzly* y su cachorro. En julio de ese mismo año se

habían registrado ya otros cinco casos en la zona de Yellowstone, lo que trastocaba por completo los registros previos. Si bien en casi todos los episodios de años anteriores las víctimas habían sido cazadores de uapitís que salían a finales del otoño, la mayoría de los de 2020 afectó a gente que estaba desarrollando otras actividades de ocio al aire libre: corredores, senderistas, ciclistas.

Parecía que nuestras relaciones con los osos estaban llegando a un momento crítico.

Las Rocosas acabaron llevándome a cordilleras más remotas. Recorrí a pie las montañas Min, en China, el hogar de muchos de los pandas que aún quedan en libertad en el mundo. Viajé hasta los Andes en busca de la única especie de úrsido que queda en Sudamérica. Y me crucé con osos perezosos que habitan las montañas Aravalli, en India. Pero lo más sobrecogedor fue encontrar osos entre rejas: pandas en centros de cría en cautividad, osos negros asiáticos enjaulados en granjas de bilis y osos perezosos bailarines. Las especies que tuve la suerte de ver fuera de esos entornos artificiales vivían, casi siempre, en los márgenes fragmentados de la naturaleza salvaje. Por lo demás, en lo alto del mundo, los osos polares pasan cada vez más tiempo en tierra firme, pues el cambio climático está derritiendo su hábitat de hielo marino. Según me contaron unos científicos, se prevé que casi todas las poblaciones habrán desaparecido antes de que termine este siglo. A algunas especies no las he visto jamás en libertad. Mis viajes arrojaban, por lo tanto, un panorama poco halagüeño sobre la precaria posición que ocupan los osos en el Antropoceno.

Aunque los retos de conservación que tenemos por delante son numerosos, también me sorprendieron en multitud de ocasiones la indulgencia y la compasión que se le prodigaba a esta especie, sobre todo en comparación con otros depredadores. Si bien en Norteamérica los organismos estatales de protección de la naturaleza tienen el mandato de sacrificar a los llamados «osos problemáticos», gran cantidad de gente luchaba por evitar esas

muertes innecesarias. Los hombres huraños de manos curtidas y flamantes sombreros tejanos a los que conocí en Montana no toleraban la presencia de lobos ni coyotes: un simple aullido traído por la brisa y echaban mano de su escopeta al instante. Pero los osos eran otra cosa. Esa distinción me desconcertaba. ¿Por qué se los consideraba de categoría distinta a la del resto de depredadores del entorno? Quizá se debiera a nuestras propias construcciones sociales y culturales. La primera forma animal que conocemos los humanos suele ser un oso, un compañero de cuna que nos acompaña en nuestros años de formación. Luego, durante la infancia, los padres nos duermen con cuentos protagonizados por osos: Winnie the Pooh, los osos Berenstain, el oso Rupert, el oso Paddington... Al atribuirles una naturaleza juguetona cuando somos niños, ¿acaso no estamos fomentando, sin querer, una relación complicada con la especie?

Pensemos en los antagonistas de los cuentos infantiles. El lobo malo es el encargado de asustarnos en *Caperucita roja* y *Los tres cerditos*. Pero aún no he leído ningún cuento en el que salga un oso malvado, aunque es probable que por la Selva Negra alemana (la zona cero de los cuentos infantiles) aún deambularan osos pardos cuando los hermanos Grimm estaban hilando sus historias más conocidas². En *Ricitos de oro y los tres osos*, seguramente el ejemplo más destacado del folclore úrsido, nuestra ira no va dirigida contra ellos, sino contra la intrusa humana. Robert Southey, el poeta inglés que escribió la primera versión impresa del cuento, en 1837, describe a estos tres osos solteros («un osito pequeñito, un oso mediano y un oso gigante») como unos seres benévolos, confiados, inofensivos y hospitalarios, todo lo amables que pueden ser los osos. Ricitos de oro, en cambio, es insolente, malhablada, fea y sucia. (En un principio, era una anciana de pelo cano; las versiones posteriores la transformarían en una niña o damisela rubia). Este simpático triunvirato es víctima involuntaria de una humana narcisista que se cuelga en su casa, se come sus gachas y rompe la silla

favorita del pequeño. Y luego, cuando ya ha dicho y hecho todo lo que tenía que decir y hacer, cae rendida en la cama de los osos.

Nuestra realidad actual no difiere mucho de esa fantasía. Nos hemos adentrado sin permiso en el mundo de los osos y nos hemos adueñado egoístamente de lo que hallamos allí. En palabras del osito, «alguien se ha acostado en mi cama» y, bueno, pues aquí estamos.

OCHO OSOS

INTRODUCCIÓN

Hubo un momento en el que se creía que la familia de animales conocidos como úrsidos se encontraba entre nuestros parientes más próximos. En las historias indígenas y los mitos de la Antigüedad se hablaba de un animal que guardaba profundas similitudes con nuestra especie, un ser que compartía con nosotros la esencia y, por ende, nuestro tránsito por este mundo, o un cambiaformas que alternaba sin problemas entre humano y bestia. Estas concepciones perduran en bailes y leyendas en los que la figura del oso hace de madre, protector, maestra y curandero. Por todo el litoral oeste de Norteamérica, las Naciones Originarias comparten estuarios con *grizzlies* y osos negros y se desplazan en sincronía entre el mar y la costa. Los ancianos del pueblo heiltsuk afirman que, cuando alguien se pierde en el bosque, debe comer lo mismo que un oso para sobrevivir: moras de zarza, argemone y distintos tipos de lirio de chocolate. Todo menos col fétida, que es tóxica. Los granjeros peruanos cuentan historias de un hombre-oso que recorre los Andes y va raptando a chicas jóvenes. En Escandinavia, los lapones hablan del «viejo vestido con pieles»³. Los yakutos del Extremo Oriente

ruso se refieren a sus vecinos, los osos pardos, como «abuelo» y «tío»⁴.

En casi todas las civilizaciones humanas que comparten territorio con estos animales encontramos historias parecidas.

Pero ¿por qué? La razón más probable es que los osos se asemejan y comportan como las personas. Pocos mamíferos vivos son capaces de andar sobre las patas traseras; la excepción son los primates, los roedores, los pangolines, los canguros y los osos, conocidos científicamente como «bípedos facultativos». Una vez despojado de su piel, el cadáver de un oso, blanquecino y brillante, presenta una inquietante similitud con el cuerpo humano. (Guillermo de Auvernia, un teólogo medieval, señaló que el sabor de la carne de oso tampoco es muy distinto del de la carne humana, lo que plantea la nada apetitosa duda de cómo se las ingenió para establecer esta comparación). Las huellas de oso, cuyo tamaño equivale al de un zapato humano del 44,5, recuerdan a las que dejan en la tierra nuestros pies de cinco dedos. De hecho, los pastores de los Pirineos franceses llaman *va-nu-pieds*, «pies descalzos», al oso pardo. Hasta el conservacionista estadounidense John Muir era conocido por ponerse poético con nuestro *doppelgänger* úrsido. «Los osos están hechos del mismo polvo que nosotros, respiran los mismos vientos y beben de las mismas aguas», escribió.

Este parecido no se le escapó al filósofo griego Aristóteles, que en su *Historia de los animales*, escrita en el siglo IV a. C., señaló la excepcionalidad de la postura erguida del oso, su estómago único y sus cinco garras con tres articulaciones⁵. En un mito griego, la ninfa Calisto había hecho voto de castidad ante la diosa Artemisa, pero Zeus, cautivado por su belleza, la engaña, haciéndose pasar por la diosa, y acaba dejándola embarazada. Artemisa no duda en castigar a la ninfa, por romper el voto de castidad, transformándola en osa. Pasado un tiempo, Arcas, el hijo de Calisto, acabará cazando a su madre, pues no reconoce que el animal es de su misma

sangre. Finalmente, Zeus interviene y envía a Calisto y a su hijo rumbo a las estrellas, donde se convertirán en la Osa Mayor y la Osa Menor.

La creencia de que los humanos y los osos estaban estrechamente emparentados, subrayada en los textos de Aristóteles y Plinio el Viejo, subsistió hasta la Edad Media. En aquella época se consideraba que teníamos tres hermanos salvajes en el reino animal: el mono, el cerdo y el oso. El primero, porque parecía imitar la conducta y la expresión humanas. El cerdo, porque, al diseccionarlo, los estudiantes de Medicina repararon en que su disposición anatómica era idéntica a la nuestra. No obstante, a la Iglesia cristiana estas comparaciones le resultaban abominables. Al imitar nuestros actos, el mono se revelaba como un sucio embaucador. Era una criatura demoniaca. Y el cerdo, vago y glotón, quedaba asimismo relegado al bestiario del diablo. «Por eso, aunque los médicos saben que es anatómicamente primo del hombre», escribió el medievalista Michel Pastoureau en *El oso: historia de un rey destronado*, «no lo proclaman a los cuatro vientos y dejan que los clérigos afirmen que el animal que más se parece al ser humano no es ni el cerdo ni el mono, sino el oso»⁶. Esto, sin embargo, no evitó que los humanos los sometieran a crueles espectáculos en un burdo intento de destronarlos.

La paleontología y el nacimiento del análisis genético terminaron por refutar cualquier relación entre ambas especies. *El camino hacia el Homo Sapiens* no comienza con un oso, sino con un antepasado común al hombre y al simio. La estirpe del oso se separó hace alrededor de treinta millones de años, cuando los cambios medioambientales a nivel planetario incitaron a una variedad de carnívoros a apartarse de un grupo de esbeltos mamíferos de afilados dientes, los miácidos, parecidos a las civetas y martas actuales. Los miácidos fueron los antecesores de los carnívoros modernos; de ellos surgieron las focas (la ciencia apunta a que son el pariente vivo más cercano a la familia de

los úrsidos), los glotones, los perros y los osos. Llegó incluso a haber perros-oso, que bien podrían haberse convertido en el mejor amigo del hombre si no se hubieran extinguido. El género de úrsidos más antiguo que se conoce, *Ursavus*, surgió hace unos veinte millones de años y, a tenor de los fósiles excavados en Colorado y China, tenía más o menos el tamaño de un perro ovejero. Así pues, los primeros osos son muy anteriores a los humanos: el primer antepasado humano no apareció hasta hace unos siete millones de años.

Las antiguas especies de oso se asemejaban poco a los animales que hoy conocemos. A lo largo de los años se han ido desenterrando o identificando algunas extintas. Se considera que la primera es el *Ursavus elmensis*, el oso del amanecer. Era robusto y no mayor que un gato, pero con cara de perro y una cola larga y peluda que usaba para equilibrarse cuando cazaba desde los árboles. La mayoría de estirpes de oso actuales aparecieron en los últimos cinco millones de años, algo extremadamente reciente en términos de tiempo geológico. A finales del Mioceno, un episodio menor de extinción provocó que la mayoría de los más antiguos, como el *Ursavus*, desapareciera. De modo que los modernos evolucionaron para llenar los huecos que quedaron en el ecosistema. Conforme las junglas se transformaban en bosques secos y los bosques secos en praderas, los osos fueron adaptando su dieta para sobrevivir en los nuevos entornos. El clado del oso de cara corta surgió en las llanuras. El *Agriotherium*, que vivió hace entre doce y trece millones de años, es el único úrsido que ha deambulado jamás por el África subsahariana: se han desenterrado fósiles de este plantígrado en Etiopía. Los osos acabaron extendiéndose desde África y Eurasia hasta Norteamérica y, hace unos 2,7 millones de años, tras la unión de los continentes, bajaron hasta Sudamérica. Los osos polares surgieron en los litorales marítimos septentrionales hace alrededor de quinientos mil años, lo que hace de ellos la especie de oso más «reciente» del

planeta. Cuando comenzó el Holoceno, había osos en casi todos los rincones del mundo.

★

Hace unos veinticinco mil años, empezaron a extinguirse muchas especies de oso. El oso cavernario (*Ursus spelaeus*) desapareció de Europa. En los círculos académicos sigue debatiéndose cuál fue el motivo de su declive; las dos explicaciones en liza son el enfriamiento del clima y los conflictos con el ser humano. Esta última teoría ha cobrado peso en los últimos años. Antes de que comenzara el último periodo glacial, hace alrededor de treinta mil años, el deterioro genético de los osos cavernarios ya había empezado. En 2019, *Scientific Reports* publicó un estudio en el que se había usado la secuenciación genética para reconstruir cincuenta y nueve genomas mitocondriales completos de oso cavernario procedentes de catorce yacimientos de Europa⁷. Los investigadores descubrieron que las poblaciones de oso cavernario empezaron a desplomarse hace más o menos cuarenta mil años, coincidiendo con la expansión de los humanos modernos por Europa (no con la expansión del hielo y la nieve). Sabemos que los neandertales y los humanos modernos competían con los osos cavernarios por los lugares de abrigo, además de cazar a los animales. Por lo tanto, el oso cavernario es, posiblemente, la primera especie de oso que los humanos empujaron a la extinción.

Arctotherium angustidens, un oso de cara corta gigantesco del tamaño de un Honda Civic que vivía en Sudamérica, tampoco logró sobrevivir al Pleistoceno. En su época, es probable que fuera el mamífero terrestre carnívoro más grande del continente, y alcanzaba una velocidad de carrera superior a los setenta kilómetros por hora. Casi todas las demás especies del clado del oso de cara corta se esfumaron durante un periodo conocido como extinción del Cuaternario, cuando desaparecieron más

de treinta especies de grandes mamíferos americanos (caballos, mamuts, castores gigantes y bueyes almizcleros). ¿La culpa era (otra vez) de los humanos? El consenso general exonera al pueblo clovis, que vivía por entonces en Norteamérica, de desencadenar el fin de aquellos osos antiguos; los paleontólogos no han presentado nunca ninguna prueba que sugiera que los clovis cazaran osos de cara corta⁸. Sin embargo, sí que cazaban otros grandes mamíferos y dejaron tras de sí afiladas puntas de lanza de piedra en yacimientos de todo el continente americano. Es posible que el gusto de dicho pueblo por presas herbívoras, sumado al cambio climático, resultara mortal para los osos.

Los úrsidos actuales son extremadamente escasos. Existen treinta y cinco especies de cánidos, desde lobos hasta doles, desde chacales hasta zorros. Los felinos suman cuarenta y una. Abundan también los cetáceos (ballenas, marsopas, delfines), con más de noventa especies. Y hay nada menos que quinientas especies de primates. Los osos no alcanzan siquiera los dos dígitos.

Hoy en día solo nos quedan ocho. A algunos se los ha erigido en iconos del mundo natural: el oso pardo (*Ursus arctos*), el oso negro americano (*Ursus americanus*), el oso panda (*Ailuropoda melanoleuca*) y el oso polar (*Ursus maritimus*). Otros son menos conocidos: el oso negro asiático (*Ursus thibetanus*), el oso malayo (*Helarctos malayanus*), el oso perezoso (*MelUrsus ursinus*) y el oso de anteojos (*Tremarctos ornatus*). Estos ocho osos, carismáticos y detestados por igual, son lo único que queda de una familia que ha sido nuestra fiel compañera desde tiempos inmemoriales y ha moldeado nuestras culturas, nuestras geografías y nuestros relatos.

Todos los osos vivos del mundo pertenecen a la familia de los úrsidos, que incluye las subfamilias de los ursinos, los tremarctinos y los ailuropodinos. En la subfamilia de los ursinos, encontramos a los que los biólogos consideran los osos modernos: el oso polar, el oso pardo, el oso negro americano, el oso negro

asiático, el oso perezoso y el oso malayo. Los osos cavernarios también formaban parte de este grupo, antes de que nuestros antepasados aniquilaran la especie. En la familia de los tremarcinos, que en el pasado albergó el clado del oso de cara corta, solo nos queda el oso de anteojos. De igual modo, el oso panda gigante es el único miembro vivo de los ailuropodinos y pertenece al linaje más antiguo: diecinueve millones de años lo separan del *Ursavus*, el género ancestral de la familia de los úrsidos. El *Ailuropoda micrata*, antepasado del panda, vivió hace alrededor de dos millones de años y, según la reconstrucción científica, se parecía al panda actual, pero más pequeño: noventa centímetros de largo en lugar de ciento cincuenta. Quitando esto, la anatomía del panda apenas ha cambiado con el paso de los milenios. «Los pandas llevan siendo “exclusivamente pandas” muchos millones de años», le contaba en 2007 el paleoantropólogo Russell Ciochon al *New York Times*, tras el descubrimiento del cráneo de este ancestro pigmeo en el sur de China.

Mucha gente se niega ingenuamente a creer que la lista abarque solo ocho osos. En su refutación, señala al koala o al panda rojo. El primero, el más famoso de los «no-osos», se adscribió por error a la familia de los osos porque, cuando los europeos llegaron a Australia, pensaron que esa diminuta criatura que vivía en los eucaliptos formaba parte del clan úrsido. En 1816, el marsupial recibió el nombre latino de *Phascolarctos cinereus*, que significa «oso grisáceo con bolsa». En realidad, el pariente más cercano del koala es el wómbat o tejón australiano. De igual modo, el *dropbear* australiano también es un «no-oso» y, de hecho, un «no-animal». Esta criatura ficticia, *Thylarctos plummetus*, no es más que un bulo inventado para asustar a los turistas americanos. Los pandas son osos (a pesar de lo que pueda pensarse), pero los pandas rojos no. Hace poco se descubrió que hay dos especies distintas de panda rojo: el chino y el himalayo, los dos únicos miembros vivos de la familia de los ailúridos⁹. Quitando las manchas en los ojos, tienen

poco en común con el panda gigante. Por último, encontramos el oso de agua. Estos diminutos tardígrados (microanimales de ocho patas, así llamados por sus andares, que recuerdan a los de un oso) son unos seres extraordinariamente resilientes, capaces de sobrevivir en las profundidades oceánicas, el lodo de los volcanes y el espacio exterior. Pero, por desgracia, también son «no-osos».

Aun así, las ocho especies auténticas son notables por derecho propio. Habitan cuatro continentes y una enorme variedad de entornos. Pueden encontrarse en los bosques nubosos de los Andes, en los bosques de bambú de Asia, en el matorral de India, en los Pirineos, salpicados de ovejas, y en el árido desierto del Gobi, en Mongolia. La representación cultural de los osos, sin embargo, se desvía hacia el norte. Los investigadores se refieren a este fenómeno como la «tradición circumpolar del culto al oso»¹⁰: el concepto según el cual los países del hemisferio norte son mucho más tendentes a fomentar una obsesión por los úrsidos en la iconografía y la historia oral que las naciones ecuatoriales. Los osos, plantean, son «únicos entre las personas no humanas por el respeto que se les profesa en todo el norte circumpolar, desde Norteamérica hasta Eurasia». Desde Cataluña hasta Rumanía, existen festivales populares de larga tradición en los que aparecen osos, y se han excavado restos arqueológicos de ceremonias relacionadas con ellos. Los países más cercanos al hemisferio sur, aunque dan cobijo a cuatro especies únicas, prefieren rendir homenaje a los grandes felinos: tigres, leopardos y jaguares.

Aunque solo queden ocho especies, la diversidad física de los osos es extraordinaria, pues se presentan en todas las formas y tamaños. Hay hocicos largos y cortos. Hay osos de setenta kilos y de cuatrocientos cincuenta kilos. Algunos sorben insectos. Otros comen carne o se deleitan con frutas y frutos secos. Los osos pardos pueden ser negros. Y los osos negros pueden ser

pardos. Veamos, por ejemplo, esta enrevesada fe de erratas de un artículo de prensa: «En una versión anterior de esta noticia se afirmaba que el oso era un oso pardo. Aunque se trata de un oso que es pardo, no es un oso pardo; es un oso negro (que es pardo). La noticia se ha modificado para reflejar este dato»¹¹.

A pesar de esta diversidad de aspectos y hábitats, las ocho especies son actores fundamentales en sus entornos respectivos. Los osos de anteojos y los negros son los jardineros del bosque, pues dispersan las semillas en sus heces. En el Parque Nacional de las Rocosas de Colorado, por ejemplo, plantaron un mojón de oso en un invernadero y descubrieron que contenía mil doscientas semillas. En las zonas litorales, los restos de los salmones que los osos han llevado de los ríos a los bosques, al descomponerse, fertilizan los inmensos cedros. Y los osos con un consumo intenso de carne ayudan a mantener el equilibrio en las poblaciones de ciervos y alces. Por último, gracias a la enorme importancia que se les da a estos animales, la conservación de su hábitat contribuye a proteger todas las especies que hay debajo de ellos en la cadena alimentaria.

Y, a pesar de sus enormes diferencias, muchas de las especies de osos del mundo están unidas por una única característica común: están en peligro.

★

No hemos demostrado demasiada empatía, que se diga, hacia el animal que en el pasado consideramos de nuestra familia. Allí donde los humanos han proliferado, los osos han disminuido. En 2007, el Grupo de Especialistas en Osos de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN) hizo pública una valoración de lo más desalentadora: no solo es que queden únicamente ocho especies, sino que seis de ellas están en peligro de extinción. El único que se considera a salvo en todo su hábitat